

*Vivo en el archipiélago de Jenofonte, frente a las costas etruscas, en este puñado de rocas yermas olvidadas por el hombre y adonde he llegado por propia voluntad, a morir en soledad atormentado por unos recuerdos que sé, con la más absoluta de las certezas, que habrán de volverme loco.*

*No pretendo con estas líneas dejar testimonio alguno de lo que viví en el castillo de Ileón. No, al relatar aquellos hechos intento que la locura llegue a mí cuanto antes, pues retrasar lo inevitable no haría sino aumentar mi padecer. Hace tiempo ya que perdí toda esperanza de reintegrarme entre los hombres.*

*Después, arderán en la hoguera mis palabras y contemplaré la danza de las llamas hipnotizado a la espera de, cuando la última brasa se apague, abandonar el mundo de los cuerdos. Será mejor así porque sólo un loco puede resistir sin memoria, celebrando lo vivido y lo inventado sin distinguir lo uno de lo otro.*

Quando encontré este manuscrito, polvoriento, arrinconado, con las cubiertas y los bordes comidos por las alimañas, creí que se trataría de un diario o de un simple registro de cuentas. Pero cuando, antes siquiera de empezar a leer, vi la letra febril con que lo habían escrito, supe que me esperaba algo más, mucho más, con su lectura.

Había otros libros, muchísimos en la habitación recién descubierta por los operarios. Nadie supo darme razón del descubrimiento. El despacho encontrado tras un tabique sin sentido arquitectónico alguno no figuraba en ningún plano, en ningún recuerdo. Nadie sabía de su existencia y con ello aumentaba el misterio. Los que me vendieron el castillo hablaban de viejas leyendas con tragedias inexplicables y almas que no hallaban descanso porque aún no habían aparecido sus cuerpos. Quizá, por eso me incliné finalmente a comprarlo, yo que, también, estaba cansado de batallar entre los hombres.

Sí, se trataba de un relato y ¿quién se sustrae a su lectura?, sobre todo, cuando es viejo, antiguo, una reliquia de lejanos tiempos encontrada en una habitación cerrada con un muro. Un relato que no

mencionaba fechas, ni nombres, ni firmas. Sólo su título, “El espectro de Ileon Jacq”, menciona un nombre, el nombre de un fantasma. Ciertamente, el autor parecía no querer dejar testimonio salvo para él mismo y seguro que no precisaba recordar fechas ni nombres ni estampar firma alguna. El contenido del relato no podía ser más intemporal y anónimo. La letra, desgarrada, me cautivó inmediatamente y continué leyendo.

*Sólo puedo comenzar el relato espeluznante de lo sucedido por unos ojos y un rostro. Unos ojos negros, apagados, grandes, en los que no se distinguía la pupila. Un rostro blanco, apagado, en el que no se distinguía el recorrido natural de la sangre por las venas. Era un rostro de mujer, enigmático y, a la vez, hermoso, profundamente hermoso, demencialmente hermoso. La tez era tan clara y tan suave que se diría de porcelana, pero esa misma textura hacía pensar en la muerte después de la vida, en la marcha angustiada del alma que se encamina sin remedio al infierno a purgar los crímenes cometidos con la mayor crueldad convencida de su fatal destino por toda la eternidad.*

*Cuánto me ensimismaba mirar su rostro a mi lado, dormida, que más parecía un cadáver que el objeto animado de mis desvelos. Cuánto me aterrorizaba despertar, abrir los ojos y descubrir los suyos mirándome fijamente, sin pestañear, como si ya hubiese muerto y me quisiese llevar con ella al Hades. Aún no puedo explicar por qué y la respuesta no será hallada jamás, pero amaba a esa mujer, pálida como la muerte, que poseía aquella demoníaca belleza y que, además, no poseía corazón. Debía ser producto, sin duda, de un sortilegio o haber sido parida por un chacal en noche de luna llena. No concebía madre humana, y aún menos la mía, para quien poseía tan poco de ser humano. Pero yo la amaba y hubiese entregado mi alma a Lucifer por ser correspondido tan siquiera un brevísimo instante, por aquella mujer, sangre de mi sangre, hermana mía.*

Pasaba con mucho cuidado las hojas. Se resquebrajaban si no lo hacía con delicadeza. Aprecié que la letra del relator se descomponía al hablar de la misteriosa mujer, de la que estaba enamorado, su hermana, aunque no parecía amor, sino embrujo, como si no pudiese evitar ponerse nervioso mencionándola, describiéndola, reconociendo sus sentimientos, ¿o era miedo? En ningún momento

decía su nombre, ni el suyo ni el de la mujer. Yo, a falta de que me informara el relato de su nombre, opté por llamarla “la mujer de porcelana”.

*Desde el principio fue así, desde que tengo uso de razón y recuerdos, su rostro ha sido mi guía y he rendido obediencia absoluta a su mirada. Por ella maté por primera vez siendo un adolescente. Su primer pretendiente, enamorado de su pálida elegancia, no llegó a pedir su mano. Tan gallardo que parecía y resultó más suplicante que una mujer. Por ella he matado muchas veces y por ella me he convertido en la carroña que soy ahora, después de haber comido las entrañas todavía ardientes de sus víctimas muertas por mis manos.*

*A ella debo mi ruina. A ella debo mi escondida pasión. A ella debo mi locura. Nunca me ha importado pagar el precio del infierno y ahora que ella está a punto de morir, tumbada inconsciente a mis pies y yo a punto de perder el último hilo de cordura, sé que haría lo mismo si mil vidas viviera a cambio de estar a su lado, conviviendo con sus calculados desprecios, con sus metódicos desplantes que probaban que yo, para ella, existía, que pensaba en mí aunque fuese sólo para utilizarme, para despreciarme, para saciar su sed de mal, de sangre, de corrupción.*

Los operarios se movían de acá para allá a través de las habitaciones del castillo, instalando lámparas, levantando tabiques, colgando pesados tapices. Yo, con el manuscrito en las manos, me movía sin mirar hacia delante, leyendo y estorbando. Pedía perdón y caminaba de habitación en habitación, suspirando hipnotizado, con los rostros nítidos de ambos personajes, como si los conociera, en mi mente, de tal manera que sentía las palabras del narrador y me cautivaba su esclavitud y su desgarrada voluntad.

Perdí la sensación del tiempo y del lugar, aunque no leyera, y miraba por las ventanas del castillo los bosques de sus lindes, en perpetuas nieblas que ambientaban el misterio de la obra encontrada. ¿Obra? ¿Sería realmente una obra de ficción? Me resistía a creerlo. Nadie puede describir unos sentimientos tan claramente, que hasta yo mismo era capaz de sentirlos como míos, que me atraía esa mujer de rostro níveo tan poderosa, tan cruel. Nadie puede inventarse aquellos sucesos o, al menos,

si alguien los relata, aún más, si alguien los hubiese cometido, sin duda habría enloquecido antes de dibujarlos en el papel, mucho antes, antes de cometerlos, sólo de pensar cometerlos.

*Ella no se ensuciaba las manos, ni los labios pues nunca llegó a ordenarme nada, ninguna muerte; no necesitaba hablar. Una mirada suya bastaba y yo sabía cuál era su deseo. Así supe que la presencia de nuestro padre se volvió insoportable para ella. Atrás quedaron mis dudas y mis reproches y mi castigo. Se acabaron los paseos nocturnos al amparo de las velas comunicando sus cuartos como insultos que me obligaban a morderme las manos hasta sangrar de puros celos. Una noche, después de cenar en silencio, de buscar en sus miradas rastros de su despreciable secreto, me levanté, descolgué una de las pesadas espadas y me acerqué a él por la espalda mientras saboreaba un buen trago de vino. Levanté la espada sin titubeos, miré a los ojos de mi hermana esperando una señal y ella, serenamente, negó con la cabeza. De momento no comprendí. Con la pesada espada en lo alto, le pregunté con los ojos. Ella, se levantó, cogió la jarra del vino y ofreció a nuestro padre un trago más. Él alargó su brazo, ofreció su copa y comprendí su mirada. Quería verlo sufrir. No necesitaba decírmelo.*

*Ni siquiera me pregunto por qué no dudé ni un instante. Cercené su brazo extendido sobre la mesa con un certero golpe, haciendo saltar copas y platos que se despedazaron contra el suelo. Mi padre ni siquiera gritó. Miró embobado su brazo sobre la mesa, el vino escaso que bailaba en el fondo de la copa y que su mano amputada no había soltado. Ella le miraba a los ojos, con sus ojos negros sin gesto y, sin un gesto, se dio la vuelta y se marchó de la habitación, como si la ausencia de gritos de terror o de dolor de mi padre la hubiesen defraudado. Él padre volvió la cabeza y me interrogó con una mirada patética. Acabé el trabajo, culminé el parricidio con otro mandoble que le arrancó la cabeza. La tensión me hizo gritar y el alarido recorrió cada piedra del castillo durante días.*

Ahora comprenderéis porqué no podía dejar de leer. Aunque queramos negarlo, la violencia nos fascina. Más que la violencia, yo diría que la crueldad. ¿Quién no ha deseado ser cruel alguna vez? ¿Quién no ha deseado espantar sus propios demonios saciando su sed de brutalidad? Pero, ¿qué estaba diciendo? ¿Tanto me afectaba su lectura?

No podía evitarlo, debía seguir leyendo. Necesitaba respuestas al por qué esos dos seres eran tan despiadados; al por qué cometían hechos tan atroces sin mostrar el menor signo de piedad. Si lo que el libro relataba fuera verdad, no era un ser humano quien lo narraba, sino un ser enloquecido, poseído por el demonio.

*No preciso justificar mis actos. Por ella los cometía y no había más razón que su deseo, aunque sus deseos no fuesen pronunciados. Ella sólo tenía que mirar, hacer un gesto, un pequeño desplante y el objeto de su desprecio ganaba irremediablemente su muerte. Por eso no dudé en matar a nuestro padre, como no dudé en matar a todos esos que pasaron por nuestra casa. Casualidad o intención, llegaban a casa extraviados, interesados, enamorados incluso. Los recibíamos a todos y yo me volvía loco escrutando su mirada, intentando leer sus gestos, su desaprobación, su disgusto.*

*Cuánto me hacía sufrir cuando parecía encontrarse cómoda con alguien, cuánto he llorado de rabia cuando cogía la mano de algún visitante azorado ante tanta muestra de favor. Ella gozaba martirizándome, pues me miraba y sonreía por encima de sus hombros. Su sonrisa me helaba el alma y yo amaba el hielo de su sonrisa. Organizaba fiestas suntuosas y siempre desaparecía con algún invitado cuando yo no estaba atento o delante de mis propios ojos. Luego bajaba las escaleras, dichosa, radiante, más hermosa que nunca, del brazo del afortunado desgraciado que aún no sabía que aquella habría de ser su última velada.*

*El acantilado al otro lado del bosque se convirtió en mi confesor.*

Dejé de leer y salí fuera. La casa tenía un amplio jardín y un bosquecillo al fondo, en poniente, al que se llegaba por un sendero de piedra. Lo seguí pues me llamaba un rumor de mar. Ciertamente, al atravesar el bosquecillo por un sendero apenas marcado se llegaba a un mirador sobre el mar, valientemente excavado sobre el vacío. Me asomé con precaución. El viento me arrebató el sombrero y lo vi marcharse, como un enloquecido. Sé que es extraña la comparación. También a mí me lo parece.

No me atreví a asomarme más. El mar batía las rocas con furia y salpicaba sus espumas como palabras rabiosas. Él también parecía enloquecido. Quizás trataba de contarme algo, como al escritor del relato. Le llamó su confesor. Aquel debía ser el lugar de las desapariciones, ¿cómo no serlo? Me

imaginé las almas confiadas de aquellos desgraciados de sonrisa dichosa después de satisfacer sus ansias con la enigmática mujer y sus ojos de sorpresa cuando el hermano amante los arrojara desde aquella altura al mar hambriento. Me dieron escalofríos y desconfié hasta de mi propia espalda.

*Cuanto más cruel era ella, más despiadado me volví yo. Ella señalaba la víctima y alimentaba mi odio. Después, yo cumplía con mi deber. Porque era mi deber. Ella ensuciaba nuestro amor y yo lo limpiaba, lo restablecía y lo volvía tan puro como la niñez inocente. La niñez. La niñez. La locura está llegando, la siento más cerca porque percibo un extraño rumor en mi conciencia. Lo despertó la palabra repetida, niñez. Los recuerdos de niños, sus llantos nunca llorados. Los niños que no llegaron a vivir y cuyos cuerpos saciaron la sed del mar. Me llaman, me gritan, me insultan. Eso, locura, acude. ¡Acude locura!*

La letra se había vuelto loca. Apenas era legible. Pero el narrador siguió narrando, sólo que no había modo de entender sus frases, sólo palabras sueltas. Hubiese preferido que la locura no le hubiese alcanzado tan pronto. Su discernimiento habría sido más claro y la crueldad de su relato habría sido mayor que la imaginación de cualquier lector que sólo entendía palabras sueltas que hablaban de abortos, sangre, mutilación, canibalismo y lo que no leía lo imaginaba aún más depravado. Sentía una profunda compasión por aquel demente monstruoso.

Sin embargo, cuanto más leía, más confundido me encontraba. Me temblaban las piernas y el espíritu. Un muchacho, aprendiz sin duda porque estaba manchado de pies a cabeza, se preocupó por mi palidez y me ofreció su ayuda con sumo respeto. No pude ni responder. Titubeé, el libro se me cayó de las manos. El joven lo recogió y me lo ofreció. Le di las gracias pero no podía alargar mi mano y coger el libro. Era como si mi cuerpo no deseara agarrar aquel objeto diabólico. Él insistió y mi mirada le debió parecer tan turbada que lo dejó a un lado. Alguien le llamó y se marchó mirándome con preocupación. Miré de reojo el libro. Mi corazón parecía retornar poco a poco a su lugar en el pecho. Sentía una enorme sed.

*Yaces aquí, a mis pies, hermana. Tengo frío. Se acerca el final y me quedan justas fuerzas. Todo acabará para nosotros y, al mismo tiempo, será el comienzo. Me sacuden escalofríos y me*

*invaden fiebres. Debería llamar al doctor. ¿Qué digo? ¡Insensato! ¡Desvarías! ¿Cómo habría de venir? ¿Cómo? ¿Cómo? ¡Doctor, doctor! Él sabe, él sobrevivió. Superó la prueba que le impusiste. Pensé que no cumplirías tu palabra y he de reconocer que, al cumplirla, fuiste aún más cruel. Haberle matado habría sido lo más fácil, pero quisiste dejar testimonio de tu vileza con su presencia viva.*

*El buen doctor también se enamoró de ti. Como todos. Pero él llegó más lejos. Él te atendió en los partos y guardó los terribles secretos en su maletín negro a cambio de tus favores. Realmente, llegó a provocarte un mínimo sentimiento que nunca fui capaz de definir. ¿Amor? ¿Sorpresa? ¿Curiosidad? ¿Afecto? Simplemente, te gustaba su apostura, su elegancia, su provocativa seguridad. El joven doctor, un tanto impertinente, te hizo la corte y tú le concedías más bailes. Os veía bailar un vals tras otro y se me retorcían las entrañas viendo tu pelo balancearse como negras banderas de muerte.*

*Sí, al buen doctor le salvó su fanfarronería. Su afición era la caza, como la nuestra, sólo que de otro tipo de presas. Cazaba jabalís, ciervos y zorros. Presumía de puntería, presumía de galán. Pero cometió un error. Te habló de los cepos y de lo que llegan a hacer los zorros que son atrapados por ellos. Nos habló de la desesperación del animal y cómo es capaz de cortarse la pata atrapada a dentelladas con tal de continuar vivo otra jornada. Tus ojos se iluminaban al oírle. Al principio, interpreté mal tu mirada, creí que era admiración o adulación o que te turbaba su modo de relatar. No, no era eso. Le dabas forma a tu acto más cruel.*

*Yo lo llevé a la práctica. Me gané su confianza, gracias a mí habría de verte más y más en privado. Sentía su salivación lasciva y eso me enfermaba y me obligaba a seguir adelante a un tiempo. Yo dispuse el cebo y le hice caer en él. Aullaba de dolor, el buen doctor. Le escupí a la cara y le abandoné en el bosque.*

*¿Cómo no habría de marearme? ¿Cómo continuar con aquella demencial lectura? Definitivamente, concluí que aquello debía ser el producto de una imaginación enferma, de un delirio febril. Me desaté el lazo y abrí el cuello de la camisa. Reconozco que no eran formas para un caballero pero me faltaba el aire. Una mujer de mejillas sonrosadas me trajo un vaso de agua fresca y no tuve*

palabras para agradecerse. Su rostro reflejó preocupación, pero yo no podía dejar de leer. Me temía lo peor con el doctor, la prueba fatal, la más descomunal, la más atroz. Necesitaba saber que aquello no era cierto.

*Ella me miró al llegar. Se desató una tormenta y se acercó a la ventana. Miraba al bosque. Su reflejo en el cristal era profundamente hermoso. Era mi ángel. Dijo que si el doctor superaba la prueba, viviría. No la creí.*

*Durante tres días llovió como si un diluvio pretendiese limpiar todas nuestras afrentas. Los lobos se volvieron locos y aullaban las noches enteras desde sus cubiles. El infierno se desató desde el mismo cielo. Sólo al cuarto día me aventuré al bosque. Y el doctor no estaba. Junto al cepo de dientes ensangrentados, una bota de montar y, dentro de ella, un apestoso pie en descomposición.*

Me desmayé. Me superaba el relato. Recuerdo con vaguedad sentirme llevado en volandas y acostado en un catre. Las luces daban vueltas frente a mis ojos y escuchaba voces inconexas y sin sentido. Pero creo que me recuperé pronto. El servicio me informó de la asistencia del médico de la isla. Recomendó descanso y alimentos suaves durante unos días. Por lo visto, me encontraba muy débil.

El libro estaba en mi mesilla. Alguien lo habría dejado allí, junto a la pared, como olvidado. Yo estaba seguro de que no era debilidad, de que el problema era su lectura. Me sentía presa de la curiosidad más vil e irresponsable. En cuanto me retiraba las compresas frías de la frente y tomaba los caldos que no dejaban de traer, leía furtivamente. Necesitaba con desesperación saber quién era Ileon Jacq, si era él quien narraba con locura y qué sería de la mujer de porcelana.

*Cumplió su palabra. Ni el doctor vino, ni le buscamos. Nos llegaron noticias de su pavoroso accidente de caza y de su difícil superación. Mi hermana sonreía con deleite al conocer los detalles. Fue entonces cuando decidí lo que debía ser hecho.*

*Comprobé que respiraba. Aún vivía. ¡Fui un estúpido al confiarme! Debí haberlo supuesto. Ella observaba todos mis gestos y mis actos y de nada sirvió actuar al amparo de la noche. Me descubrió preparando la cavidad en el muro y no hicieron falta preguntas. De inmediato comprendió*

*que preparaba nuestra comunión eterna, los dos juntos, sin nadie más, el uno para el otro, para siempre. No tuve elección. La golpeé y ahora yace en el suelo, muy cerca de mí. Parece dormida y puedo oler sus esencias. Los encajes doblados me permiten apreciar su cuello delgado y blanco. Su perfume me vuelve loco. ¡Loco!*

*Ahora he de darme prisa. He de terminar la obra. La habitación ya ha sido sellada y su lecho está concluido. Falta el mío, a su lado. No podré tocarla, ni verla cuando la última vela se apague, pero sentiré su respiración, oiré sus gritos, me bañaré en su desesperación y, por fin, será sólo mía.*

Si no había entendido mal, pretendía emparedarla. ¿Y él? ¿Se empedaría él mismo a su lado? ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo resistirse ante la inminencia de la muerte y no golpear con furia los muros cuando le faltase el aire o le invadiera el terror?

*Las voces son más fuertes ahora. ¡Son cientos! ¡Miles de ellas! ¡Ah, locura! ¡Cuánto te celebro! Permíteme terminar mi obra. Nadie sabrá de este agujero escondido en esta habitación borrada de la memoria, donde nuestros restos jamás sean encontrados. Moriremos el uno al lado del otro y nuestra muerte será gozosa, digna de ti y de mi amor. Después, gozaremos de un infierno infinito. Siempre me mirarán tus ojos negros y tu pálida piel me rozará los labios eternamente. Seré definitivamente tuyo. ¡Tuyo! ¡Tuyo!*

Me costó leer las últimas palabras. No estoy seguro de haberlas leído correctamente. La letra era un revoltijo de líneas y manchas de tinta sin limpiar. La última palabra parecía repetirse y llenar páginas y más páginas. No era difícil imaginarse el frenesí con el que las escribió. Sólo una urgente locura permitiría trazos como aquellos. Sin embargo, la idea de que fuese cierto lo narrado, por espeluznante que fuese, parecía estar en aquellas últimas líneas. El impulso era irrefrenable.

Ordené a dos operarios que me siguieran con sus picas. La habitación borrada de la memoria que citaba el texto debía ser sin duda el despacho oculto tras un incomprensible muro. El sudor bañaba mi rostro y me costaba enfocar la mirada. Extrañados antes mis peticiones, los obreros golpearon contra las paredes.

Rápidamente, el muro cedió. Con estrépito cayeron las piedras y los hombres apenas tuvieron tiempo de retirarse. Retrocedieron aterrorizados. Yo mismo ahogué un grito de espanto. Caído ante nosotros estaba el cuerpo de una mujer. Sus ojos abiertos nos miraban inertes. Y los primeros párrafos del texto acudieron a mi mente como el hacha del leñador sobre el tronco marcado. Eran unos *ojos negros, apagados, grandes, en los que no se distinguía la pupila. Un rostro blanco, apagado, en el que no se distinguía el recorrido natural de la sangre por las venas. Era un rostro de mujer, enigmático y, a la vez, hermoso, profundamente hermoso, demencialmente hermoso.* Era ciertamente hermosa, de una extraña belleza y su cuerpo incorrupto jamás dejaría de serlo. A su lado, descolocados por el capricho del azar, unos restos óseos se desmenuzaban y confundían entre el polvo y las piedras.

Eran ellos y el relato era cierto por tanto. Y saberlo no me hizo sentir mejor. Ante mí, muertos, estaban los restos de dos seres monstruosos que no debieron ser humanos de tanta maldad acumulada en sus voluntades. Sin duda, sus almas debían estar purgando en el infierno, aunque eso sí, juntos. No pude ni quise imaginarme sus últimos momentos, cuando ella despertase rodeada de profunda oscuridad, incapaz de moverse, sabiéndose atrapada, emparedada hasta morir. Él le susurraría desde su espacio igual de oscuro. Trataría de tranquilizarla, de regalarle suaves palabras que hablarían de amor eterno. Los gritos de la mujer llegarían hasta el acantilado y se los tragaría el mar embravecido. Con cada ola, su tiempo se acabaría y la locura sería total al ver el rostro de la muerte frente a sus ojos aunque sólo vieran oscuridad, la más profunda oscuridad.

Salí de allí. Los operarios habían huido aterrorizados en cuanto les dejé un mínimo espacio. Me sentía débil, pero tranquilo al mismo tiempo. Sentía como cierta la identidad de Ileon Jacq. Era el relator del diario y no se definía como humano, sino como espectro, tanto había llegado a descomponerse su mente. Lo comprendía perfectamente y me inspiraba cierta compasión, si alguien tan vil puede conseguirlo. Aquel era su castillo, el castillo de Ileon y nadie tuvo que darme las respuestas. Pregunté a uno de los hombres quién era el anciano que se apeaba de un carruaje y que se acercaba ayudado de muletas pues le faltaba una pierna. Es el doctor, señor, el doctor, me dijeron, que viene a visitarle.